

Carta de Don Bosco a los Salesianos  
sobre la difusión de los buenos  
libros

Turín, 19 de marzo de 1885

Edición preparada por **edebé**  
con ocasión del bicentenario del nacimiento de Don Bosco (1815-2015)  
y el 130 aniversario de la redacción de esta carta



Amadísimos hijos en Jesucristo:

El Señor es testigo del deseo que siento de veros, de encontrarme entre vosotros, de hablaros de nuestras cosas, de consolarnos con la confianza mutua de nuestros corazones. Mas, por desgracia, queridísimos hijos, mis pocas fuerzas, los restos que me quedan de mis antiguas enfermedades y los asuntos urgentes que reclaman mi presencia en Francia me impiden, al menos por ahora, secundar el impulso de este mi afecto hacia vosotros.

No siendo posible, pues, llegarme hasta cada uno en persona, voy por carta; estoy seguro de que me agradeceréis el continuo recuerdo que os dedico a vosotros, quienes, por lo mismo que sois mi esperanza, sois también mi gloria y mi apoyo. Es por lo que, deseoso de veros crecer día tras día en celo y méritos ante el Señor, no he de perder ocasión de sugeriros, oportunamente, lo que juzgue más eficaz para que vuestro ministerio dé el mayor fruto.

Y entre todos los medios, es el de la difusión de los buenos libros el que yo intento recomendaros ahora encarecidamente, para gloria de Dios y salvación de las almas. No dudo en calificarlo de divino, puesto que Dios mismo lo utilizó en la salvación del hombre. Fueron los libros que él inspiró los que ofrecieron al mundo la doctrina verdadera. Él dispuso que copias de los mismos se distribuyesen por todas las ciudades y por todos los pueblos de Palestina y que cada sábado se leyesen en las

asambleas religiosas.

Al principio, estos libros eran patrimonio exclusivo del pueblo hebreo; mas, conducidas las tribus a cautiverio en Asiria y Caldea, he aquí que la Sagrada Escritura fue traducida a la correspondiente lengua, y Asia entera pudo leerla en su propio idioma. Durante la hegemonía griega, los hebreos situaron sus colonias en todos los rincones de la tierra, y en ellas los libros santos se multiplicaron hasta el infinito. Y los Setenta, con la traducción que hicieron, vinieron a enriquecer incluso las bibliotecas de los pueblos paganos; en consecuencia, los oradores, los poetas y los filósofos de aquellos tiempos extrajeron no pocas verdades de la Biblia. Dios preparó al mundo para la venida del Salvador valiéndose, principalmente, de sus escritos inspirados.

A nosotros nos toca, pues, imitar el modo de obrar del Padre celestial. Los buenos libros, repartidos entre el pueblo, son uno de los medios verdaderamente a propósito para mantener el reino de Dios entre las almas. Los pensamientos, los principios y la moral de un libro católico son, en realidad, sustancia sacada de los libros sagrados y de la tradición apostólica. Y han venido a ser tanto más imprescindibles cuanto que cada día la impiedad y la inmoralidad utilizan esta misma arma para hacer estragos en el rebaño de Cristo, ya que seducen y arrastran a la perdición a incautos y desobedientes.

Por lo mismo, ha de oponerse arma contra arma. Añadid a esto que, si un buen libro no tiene la fuerza que emana de la palabra hablada, con todo, presenta otras ventajas que en ocasiones son mayores. Un libro puede entrar hasta en las casas en que no entra el sacerdote, y hasta los mismos malos lo toleran como recuerdo o regalo.

Cuando un libro se ofrece a sí mismo, no se sonroja, y si se le abandona, no se enfada; enseña la verdad sin prisas si se lee, y, despreciado, no se queja, sino que suscita el remordimiento aquel que produce deseos de conocer la verdad: él siempre está a punto para enseñarla. A lo mejor se está, cubierto de polvo, sobre el pupitre del estudio o en el anaquel de la biblioteca, y nadie piensa en él; pero llega la hora de la soledad, del desánimo, del dolor, de la tristeza, o simplemente de la necesidad de distracción o de la angustia por el futuro, y entonces este amigo fiel se sacude el polvo, abre sus páginas... y se repiten las prodigiosas conversiones de San Agustín, del beato Colombino y de San Ignacio de Loyola.

Comprensivo con los miedosos a causa del respeto humano, se entretiene a solas con ellos sin levantar la menor sospecha; familiarizado con los buenos, está pronto a darles conversación y a acompañarlos siempre y a todas partes. ¡Cuántas almas se salvaron por los buenos libros; a cuántas preservaron de la corrupción y espolearon al bien!

Quien regala un libro, aunque no obtenga otro resultado que el de haber suscitado un pensamiento sobre Dios, ya se apunta ante éste un mérito incomparable. Pero suele lograrse mucho más. Un libro regalado a una familia, quizás no lo lea aquél en quien intencionadamente se pensó, pero lo leerá, en cambio, el hijo o la hija, el amigo, el vecino. Hasta puede darse el caso de que, en un pueblo, un mismo ejemplar vaya pasando por las manos de centenares de personas. ¡Sólo Dios sabe hasta qué punto puede hacer el bien un libro en una ciudad, en una biblioteca circulante, en un núcleo obrero, en un hospital; libro que, quizá, sólo fue

entregado como señal de amistad!

Y no se tenga miedo de que un libro bueno pueda ser rechazado por alguien precisamente por esto, por ser bueno. ¡Al contrario! Un hermano nuestro, cada vez que se acercaba a los muelles de Marsella, iba bien provisto de libros buenos que regalaba a los mozos de cuerda, a marineros y obreros. Pues bien, estos libros siempre fueron aceptados con alegría y gratitud, y en no pocos casos se ponían a leerlos con avidez inmediatamente.

Por delante, pues, estas consideraciones, y omitidas otras muchas que a vosotros mismos se os alcanzan muy bien, os pondré a continuación, más en concreto, las razones que os tienen que animar a difundir los buenos libros por todos los medios y con todas vuestras fuerzas; no sólo como cristianos, sino de manera particular como salesianos.

- 1) Esta fue una de las empresas principales que el Señor me encomendó; y vosotros sabéis que la tomé con infatigable empeño a pesar de mil otras ocupaciones. El rabioso odio de los enemigos del bien y la persecución de que fue objeto repetidamente mi persona son buen argumento de cómo el error veía en mis libros un formidable enemigo y, por la razón contraria, de que se trataba de una empresa bendecida por Dios.
  
- 2) Efectivamente, la difusión admirable de estos libros ya es un argumento que prueba una especial ayuda de Dios. Se acercan a los veinte millones los opúsculos o volúmenes que, en menos de treinta años, hemos esparcido entre el pueblo. Si bien es verdad que algunos de

estos volúmenes habrán quedado del todo olvidados, otros, en cambio, han debido de ser leídos por centenares de lectores; y, en cualquier caso, el número de personas a las que nuestras publicaciones pudieron hacer bien, se ha de dar por muy superior al número de volúmenes publicados.

3) La difusión de buenos libros es, precisamente, uno de los fines más importantes de nuestra Congregación. El artículo siete del primer capítulo de nuestras reglas se expresa así, acerca de los salesianos: «Se empeñarán en la difusión de los buenos libros entre el pueblo, usando todos aquellos medios que la caridad cristiana inspira. Con la palabra y los escritos se esforzaran en poner un dique a la impiedad y a la herejía, que de tantas maneras tratan de insinuarse entre los rudos e ignorantes. A este objeto se encaminarán los sermones que de cuando en cuando se predicán al pueblo, los triduos, las novenas y la difusión de los buenos libros».

4) Por lo tanto, entre los libros que hay que difundir, yo digo que han de tenerse en cuenta aquellos que tienen fama de ser buenos, morales y religiosos; y aun más han de preferirse las obras salidas de nuestras tipografías: de una parte, porque lo que pueda haber de ganancia se transforma en caridad, al ayudar a mantener a tantos de nuestros jóvenes pobres; y de otra parte, porque nuestras publicaciones intentan constituir un todo ordenado, en una visión amplia, con la que poder llegar a cuantas clases integran la sociedad humana.

No insisto en esto; únicamente os señalo con complacencia una de estas clases sociales: la de los jóvenes, a la que siempre busqué el modo de hacer el bien; no sólo de viva voz, sino además, de diversas maneras

con la letra impresa, como detallo a continuación.

En efecto, con las mismas *Lecturas Católicas*, si bien es verdad que en una primera intención deseaba instruir al pueblo en general, desde otro punto de vista mi plan era entrar en las casas particulares y dar a conocer el espíritu que reinaba en nuestros colegios y atraer a la virtud a los jóvenes, sobre todo con las biografías de Domingo Savio, de Besucco y otras obras parecidas.

Con *El joven cristiano* me propuse conducirlos a la iglesia, infundir en ellos el espíritu de piedad y enamorarlos de los sacramentos.

Con la colección de clásicos latinos e italianos expurgados y con la *Historia de Italia*, así como con otros libros históricos y literarios, me las arreglé para sentarme junto a ellos en la clase y preservarlos de muchos errores y pasiones que les hubieran sido fatales para esta vida y la otra.

Deseaba también, con ilusión, acompañarlos en sus ratos de ocio, y he pensado estructurar una serie de libros amenos que, espero, saldrán pronto a la luz pública.

Finalmente, con el *Boletín Salesiano*, entre otros fines, perseguí también éste: el de mantener en los jóvenes que vuelven a sus familias el aprecio por el espíritu y las máximas de San Francisco de Sales, y el de convertirlos a ellos mismos en salvadores de otros jóvenes.

No es que diga que haya conseguido plenamente mis objetivos, pero sí que os toca a vosotros coordinarlos de tal modo que aún se puedan alcanzar enteramente.



Os invito y os conjuro, por consiguiente, a que no desatendáis esta importantísima parcela de nuestra misión. Y comenzad por no limitaros a desarrollar este apostolado únicamente en favor de los jóvenes; sino que, además, habéis de conseguir de ellos, con vuestras palabras y ejemplos, que se conviertan en otros tantos apóstoles de la buena prensa.

A principio de curso, los alumnos, especialmente si son nuevos, se entusiasman fervorosamente con estas cosas nuestras; tanto más que es bien poco el dinero que hay que desembolsar. Procurad, naturalmente, que sus suscripciones sean espontaneas y no, en modo alguno, impuestas; pero, razonadamente, exhortadles a que se suscriban, no sólo a la vista del bien que dichos libros pueden hacerles a ellos mismos, sino también por el bien que con ellos pueden hacer a otros, enviándolos a sus familias según se van publicando: al padre, a la madre, a los hermanos y bienhechores. Hasta los parientes mas fríos en religión se conmueven ante este recuerdo de un hijo o de un hermano lejano, y, muy fácilmente, se sienten estimulados a su lectura; si no por otra razón, por curiosidad al menos.

Pongan, eso sí, cuidado en que esos obsequios no tengan apariencia de sermón ni de querer dar lecciones a los suyos, sino, sencillamente, de regalo y de cariñoso recuerdo. Y cuando, más tarde, esos alumnos vuelvan a su casa, que pongan empeño en acrecentar el mérito de sus buenas obras donándolos a sus amigos, prestándolos a otros parientes, regalándolos como propina por servicios recibidos, ofreciéndoselos a los párrocos con el ruego de que los difundan y buscando nuevos suscriptores.

Estad seguros, mis queridos hijos, de que una propaganda semejante, inteligente, atraerá sobre vosotros y vuestros jóvenes las mejores bendiciones del Señor.

Termino. Las conclusiones de esta carta toca sacarlas a vosotros: logrando que nuestros jóvenes se impongan en los principios morales y cristianos, preferentemente a través de nuestra producción impresa, aunque sin despreciar la de los otros. He de deciros, empero, que mi corazón experimentó una gran pena al enterarme de que, en algunas casas, las obras que hemos publicado expresamente para la juventud han sido a veces ignoradas o no tenidas en cuenta.

No os entusiasméis, ni entusiasméis a otros con aquella ciencia de la que el Apóstol dice que infla; recordad, por el contrario, a San Agustín, el cual, cuando llegó a obispo, aunque consumado maestro en el bien decir y orador elocuentísimo, prefería la impropiedad del lenguaje y la inelegancia del estilo antes de exponerse al riesgo de no ser entendido por el pueblo.

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros.

Rogad por mí, afectísimo en Jesucristo.

Juan Bosco